

Memoria y olvido de la Guerra Civil en los diarios de Max Aub

Manuel Aznar Soler

La Guerra Civil Española fue para Max Aub, como para la mayoría de exiliados republicanos españoles, el acontecimiento histórico que determinó su vida. Así, cuando Nicolás Guillén le invitó a pronunciar una conferencia en la sede habanera de la Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba, Max Aub eligió como tema el de su generación y anotó el 13 de febrero de 1968 en su diario *Enero en Cuba*:

«Pensándolo bien, es decir, para mí, siguiendo mis deseos –a los que casi nunca he sabido oponerme–, vine a dar en que lo mejor, para no mentir ni engañar a nadie, sería hablar de la guerra de España que es la que, al fin y al cabo, fue la que nos clavó en el lugar en que estamos. Ahora sí, hablo sin dudas de mi generación, en todos los sentidos de la palabra» (1969:113-114).

Ese lugar en el mundo en el que estaba Max Aub era el lugar del republicano español vencido que forzosamente debió atravesar la frontera francesa en febrero de 1939 para huir de la cárcel o del fusilamiento. Se iniciaba así un largo exilio, en rigor un exilio sin fin, en donde el escritor Max Aub decidió que su experiencia personal se convirtiera en materia literaria de un ámbito de su escritura: el ámbito de la literatura «activa»¹ o «responsable»². Ahora bien, para Aub ese realismo testimonial³ no significaba en

¹ Aub anota el 13 de mayo de 1957 en sus Diarios: «Nada de literatura 'comprometida' ¡horror! (...) Mejor 'literatura activa', como la denomina Gide (carta a Roger Martin du Gard...) (...) 'Literatura activa', 'literatura pasiva'. Tampoco es exacto, pero está mejor. Entre otras cosas porque todos participamos de las dos» (1998:290-291).

² «Si se hubiera traducido littérature engagée por literatura responsable, y engagement por responsabilidad, a los escritores que la asumieron de grado no les hubieran luego colgado, cuando ya las conciencias se liberaron del peso, unos sambenitos que todavía cargan sus espaldas, doblemente infames por ser, además de anacrónicos, mentirosos», afirma Ignacio Soldevila Durante en «Max Aub: cara y cruz de una creación literaria», en AA.VV., Max Aub y el laberinto español. Actas del Congreso Internacional celebrado en Valencia y Segorbe del 13 al 17 de diciembre de 1993 (Valencia, Ajuntament de València, 1996, tomo I, pp. 48-49). El propio Soldevila Durante es también autor de El compromiso de la imaginación. Vida y obra de Max Aub (Segorbe, Fundación Max Aub, 1999), el mejor estudio monográfico hasta la fecha sobre el escritor.

³ Un realismo testimonial que no es exclusivo ni excluyente, como prueba esta anotación de sus Diarios, aún inédita, correspondiente al 30 de noviembre de 1959: «Testimonié. Ahora, cada

absoluto memoria autobiográfica pura y dura sino, ante todo, polifonía y dialogismo, como el propio escritor resaltaba en una entrevista inédita de 1968:

«Lo que pasa es que en *El laberinto mágico* no hay nada autobiográfico; por eso he podido escoger lo que me pareció más significativo. Yo estaba en Madrid el 18 de julio y describí el 18 de julio en Barcelona. No se puede uno fiar de uno mismo. Es mejor hablar con todo el mundo para apegarse a la historia, porque sé que si cuento las cosas que he vivido en un momento dado, no reflejo la realidad»⁴.

Polifonía y dialogismo, voluntad de construir «mentiras de verdades»⁵, es decir, voluntad de construir mentiras artísticas de verdades históricas con las que Max Aub, entre la ficción y la realidad, pretendió recrear, en su contexto político y social, la memoria colectiva del exilio republicano antes, durante y después de la Guerra Civil Española.

En este sentido, la reivindicación militante de la memoria histórica fue una de las características recurrentes del escritor⁶. Así, por ejemplo, en relatos tan «ejemplares» como el titulado «El remate», en los poemas del *Diario de Djelfa* o en tragedias como *San Juan*, la defensa apasionada de la memoria histórica contra el olvido constituye la columna vertebral de su escritura. Y también, naturalmente, de sus *Diarios*, tanto de *La gallina ciega* o *Enero en Cuba* como de los materiales inéditos que Max Aub no llegó a publicar en vida y que parcialmente han aparecido ya. Y en ellos, como vamos a tener oportunidad de comprobar, la memoria histórica, la

día, creo que la ficción es el único medio posible (útil) de hollar, de dejar rastro, de testimoniar». Este texto lo he reproducido en el tomo segundo (1953-1962) de mi edición mexicana de los Diarios de Max Aub (México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, en prensa), donde ha aparecido ya el volumen primero (1939-1952).

⁴ Esta entrevista se conserva en la caja 13-19, 8 del Archivo Max Aub en Segorbe y ha sido citada por Eloísa Nos en *El testimonio literario de Max Aub sobre los campos de concentración en Francia (1940-1942), tesis doctoral inédita presentada en mayo del año 2001 en la Universitat Jaume I de Castelló, p. 178. En otro fragmento de esta misma entrevista el escritor volvía a insistir en que los sucesivos Campos que componen la serie narrativa de El laberinto mágico «no son autobiográficos en ningún momento, porque creo que todo lo autobiográfico sí se presta muy fácilmente a faltar a la verdad, y he dedicado, de hecho, treinta años a buscar testimonios de unas y otras gentes: y he procurado entrecruzarlos unos y otros para dar idea del clima que reinaba en España del 36 al 39. No he buscado otra cosa» (Caja 13-19, 27; en ob. cit., p. 179).*

⁵ «A la memoria de Manuel Azaña, esta mentira de verdades», escribe Aub en la dedicatoria de *Cara y cruz* (1944), «drama en tres actos» de su «Teatro mayor» que puede leerse en *Teatro completo* (México, Aguilar, 1968, p. 575).

⁶ *Sobre el tema de la memoria y el olvido puede consultarse el artículo de Josefina Cuesta, «De la memoria a la historia», en AA.VV., Entre el pasado y el presente. Historia y memoria, coordinación de Alicia Alted Vigil. Madrid, UNED, 1996, pp. 57-89.*

memoria de la Guerra Civil Española, se conjuga –no tan sorprendentemente como a primera vista pudiera parecer– con la constatación de la perplejidad y el desconcierto por parte del mismo escritor ante su propia capacidad de olvido. Un olvido que viene a revelar así las trampas y la fragilidad de la memoria, la amenaza que representa el paso del tiempo.

La memoria de la Guerra Civil acompaña al exiliado Max Aub hasta su muerte y así se constata en muchos fragmentos de sus *Diarios*. Por ejemplo, el 2 de noviembre de 1941, prisionero en el campo de concentración del Vernet, anota:

«Noviembre y el recuerdo de Madrid. (...) Recuerdos del viaje a Madrid: ¿el 2, el 3 de noviembre? 1936. El puente de Arganda. (...) 6 de noviembre: a la vuelta, las brigadas internacionales subiendo. El mismo cielo gris que hoy, pero hacía menos frío. No es posible que hayamos perdido» (1998:81).

Asumir la derrota republicana es asumir la amargura y el dolor de la memoria vencida. Porque el exiliado Max Aub no dejará nunca de ser un militante del Partido Socialista Obrero Español que reafirmará su «lealtad» a la legitimidad republicana y a la política del presidente Juan Negrín⁷, tan distinta a la representada por Indalecio Prieto⁸. Un militante socialista que seguirá siendo fiel a los valores culturales, ideológicos y políticos –es decir, morales–, por los que se combatió durante la Guerra Civil contra el fascismo internacional. Así, y por mencionar tan sólo algunos ejemplos cinematográficos, el 26 de junio de 1958 confesará su emoción al volver a ver *Por quién doblan las campanas*, película norteamericana dirigida por Sam Wood que está basada en la novela de Hemingway⁹; o el 12 de enero de 1968 anotará su llanto al contemplar en La Habana el filme *Granada, Granada mía*, del soviético Roman Karmen¹⁰, aunque, por razones obvias, la

⁷ «Cena con Negrín. Sigue creyendo que pudimos haber ganado la guerra y que la perdimos por cobardía: 'Si cada uno de nosotros hubiese puesto en la lucha el 30% de lo que pusieron los ingleses...'», escribe en una anotación de sus *Diarios* correspondientes al 3 de noviembre de 1952 (1998:217).

⁸ «Prieto es uno de los hombres más funestos que ha tenido España», escribe el 7 de mayo de 1953 en sus *Diarios* (1998:225).

⁹ «Vuelvo a ver, a los quince años, con gran emoción, *Por quién doblan las campanas*. El solo letrero inicial –'España 1937'–, desbarata toda ecuanimidad», anota el 26 de junio de 1958 en sus *Diarios* (1998:295).

¹⁰ «La película de Karmen y Simonov. (Se llama Granada, Granada mía... y no hay una sola referencia a Federico ni a Machado...). Largo documento sobre la guerra de España. Por lo visto no tengo manera de salir de ella. Lloro. Lloran. Lloramos todos y, sin embargo, la pelí-

anotación del 7 de septiembre de 1967 sobre *Sierra de Teruel*¹¹ no tiene desperdicio por la voluntad que manifiesta de identificación total, sin reservas, con la causa republicana:

«Preparación de *Sierra de Teruel*. ¡Tantos recuerdos! Auténtico *flash back*. Un trabajo como el que hicimos sólo puede llevarse a cabo con una entrega total. Laborábamos sin reservas, sin pensar, empeñados, consagrados, aplicando los residuos mismos del ingenio, empleándonos a fondo, sin otra intención que hacer lo que fuese lo mejor posible. El más encarnizado, Malraux. No nos contagió: lo estábamos; terreno abonado. (...) Se puede ser lo que no se es (ni Malraux ni yo éramos cineastas) si uno se entrega sin reservas a lo que se hace» (1998:397-398).

No nos debe sorprender por tanto que cuando Max Aub, tras treinta años de ausencia, aterrice en el aeropuerto barcelonés de El Prat de Llobregat cargado con su equipaje personal e intransferible de memoria histórica, escriba el 23 de agosto de 1969, primer día de su «diario español» *La gallina ciega*:

«Aeropuerto de Barcelona. Desierto. ¿Por ser sábado? Nadie. Hemos entrado como en nuestra casa. Nadie nos ha preguntado nada. (...) Salgo. (...) Ninguna emoción. Y, sin embargo, en estos llanos filmamos muchas escenas de *Sierra de Teruel*, de por aquí son –o deben de estar enterrados– los campesinos que fotografié para escoger los figurantes de la película y cuyas copias llegaron no sé cómo a México...» (1995:111).

Y es que, con irónica lucidez, el escritor se calificará a sí mismo en 1969 como «un turista al revés» que viene «a ver lo que ya no existe» (1995:245), que ha regresado para confrontar memoria y realidad, pasado y presente: un exiliado republicano que retorna a una España franquista cuyos habitantes «no quieren saber nada con lo pasado. Quieren olvidar lo sucedido» (1995:252). Y esa memoria histórica, en una España en donde

cula no está bien. Repleta de interés más para los de mi edad que para los de otra; otro debe de ser el de los jóvenes españoles del oficio presentes en esta exhibición privada. (...) A pesar de todo, lloro. Abrazo a Karmen. Los jóvenes españoles –todos más o menos comunistas–, aplaudidos. Ayer y hoy», anota el 12 de enero de 1968 en Enero en Cuba (1969:62-63).

¹¹ El guión de la película fue publicado por la editorial mexicana Era en 1968. La revista Archivos de la Filmoteca de la Generalitat valenciana ha reeditado este guión –basado en *L'espoir de André Malraux* (París, Gallimard, 1937)– en su número 3 (septiembre-octubre de 1989), pp. 52-179, un espléndido monográfico dedicado a «*Sierra de Teruel, cincuenta años de esperanza*».